

A sepia-toned portrait of Charles Darwin, showing him from the chest up. He has a long, full white beard and is wearing a dark bowler hat and a dark coat. The background is a textured, mottled brown. On the left side, there are some dark, tangled, vine-like structures.

Darwin

Y LAS CIENCIAS DEL COMPORTAMIENTO

✦ GERMÁN GUTIÉRREZ · MAURICIO R. PAPINI ✦

EDITORES

Darwin

Y LAS CIENCIAS DEL COMPORTAMIENTO

Darwin

Y LAS CIENCIAS DEL COMPORTAMIENTO

❖ GERMÁN GUTIÉRREZ · MAURICIO R. PAPINI ❖

editores



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

SEDE BOGOTÁ

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA



❖ Bogotá D. C. ❖

2011

CATALOGACIÓN EN LA PUBLICACIÓN
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Darwin y las ciencias del comportamiento. Editores: Germán Gutiérrez y Mauricio R. Papini. – Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Psicología. Colegio Colombiano de Psicólogos. 2011. 562 pp.

Incluye referencias bibliográficas

ISBN : 978-958-719-702-0

1. Darwin, Charles Robert, 1809-1882 - Crítica e interpretación 2. Psicología evolutiva 3. Psicología comparada 4. Evolución 5. Conducta animal I. Gutiérrez Domínguez, Germán Antonio, 1965-, ed. II. Papini, Mauricio R., ed.

CDD-21 155.7 / 2010

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas
Departamento de Psicología

Colegio Colombiano de Psicólogos

© 2011, editores
Germán Gutiérrez
Mauricio R. Papini

© 2011, varios autores

© 2011, Universidad Nacional de Colombia
Bogotá D. C.

© 2011, Colegio Colombiano de Psicólogos

Preparación editorial
Centro Editorial, Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá

Diseño · Diana Murcia
Diagramación · Endir Roa Basto
Imagen de cubierta · Darwin fotografiado en 1881
por los señores Elliott y Frye.
Las imágenes que acompañan esta obra fueron tomadas en su mayoría
del libro *What Mr. Darwin Saw in his Voyage Round the World in the Ship
"Beagle"*, editado por Harper & Brother, publishers (Nueva York, 1880).

Impreso por Javegraf
Impreso en Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la
autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

segunda parte

LEGADO TEÓRICO
Y ÁREAS DE INFLUENCIA



Pinzones (*Geospiza strenua*) de las islas Galápagos

Estudios darwinistas: estados del arte y construcción del campo*

OLGA RESTREPO-FORERO

Universidad Nacional de Colombia



El presente artículo se concentra en el análisis de la construcción del campo de estudios comúnmente llamado, en el mundo anglosajón, «Darwin studies» ('estudios darwinistas'). Se subraya igualmente el papel constitutivo que juegan los estados del arte o artículos de revisión (*review articles*) en esta construcción. De este modo, los estados del arte juegan un doble papel para el presente estudio: son tanto fuentes primarias para conocer lo que se afirma sobre el campo como objetos de interés para el meta-análisis que aquí propongo. Como objetos de interés para el meta-análisis, los estados del arte pueden ser clasificados en tres tipos: revisiones panorámicas, revisiones periódicas y revisiones específicas (normalmente reseñas de un solo libro o de un pequeño número de libros). Las revisiones panorámicas son centrales a la hora de constituir el campo, ya que se caracterizan precisamente por presentar el estado del arte de un campo de estudios en un momento dado, evaluar

* Este artículo constituye una versión de algunos acápites de Restrepo-Forero (2003). Agradezco a Diego Osorio su paciente colaboración.

su desarrollo a lo largo de su historia y ofrecer una interpretación de este —con análisis de los cambios que se han producido, y con una evaluación de su situación en el momento, así como de sus posibilidades de desarrollo futuro—. Las revisiones periódicas se concentran en examinar un conjunto de trabajos publicados durante un periodo de tiempo determinado (comúnmente el último año o los últimos cinco años, depende de los ritmos de desarrollo de los campos), sin proporcionar necesariamente una interpretación histórica de este desarrollo. En la mayoría de estas revisiones se analiza un grupo de trabajos con la finalidad de responder a un presunto crecimiento rápido de la producción en un campo de estudios. En ellas se ubica la nueva producción dentro de ese campo, sin que necesariamente se discuta de manera sistemática el proceso de constitución original de este.

Las revisiones panorámicas son el tipo de estados del arte que más interesan a los editores y a los analistas, y sobre estos trabajos se ejerce mayor control en su producción. Generalmente estos textos son solicitados por editores de revistas o libros a personas con una autoridad establecida en el campo. Se dice frecuentemente que estas revisiones son estados del arte «críticos», «comprensivos» o «autorizados». Este carácter, así como la posición de sus autores en el campo, contribuye de manera importante a producir los efectos del mismo campo que dicen producir. Entre las revisiones que se usarán en este artículo, pertenecen a este grupo los textos de Greene (1975), Churchill (1982), Oldroyd (1984), Moore (1984) y La Vergata (1985). A pesar de ser mía la decisión de clasificarlas como revisiones panorámicas, no se trata de una muestra seleccionada de un conjunto más amplio. Ellas constituyen el universo de revisiones de este tipo en el campo de los estudios darwinistas hasta mediados de 1985, cuando, tras las conmemoraciones mundiales del centenario de la muerte de Darwin, se escribieron bastantes balances de la literatura producida hasta ese año.

En lo que se refiere a las revisiones periódicas, he seleccionado un conjunto que se concentra en describir las publicaciones aparecidas con ocasión de las celebraciones de los centenarios en 1959 y 1982. Tal es el caso de las revisiones elaboradas por Fleming (1959), Ellegård (1960), Loewenberg (1959; 1965) y Wassersug & Rose (1984). En relación con temas puntuales hago uso de un buen número de revisiones específicas, realizadas por autores muy reconocidos, como Michael Ruse (1974, 1996, 1997). También uso algunas revisiones específicas de un tema que aparecen en las secciones introductorias de artículos especializados.

Desde los estudios sociales de la ciencia se ha escrito mucho sobre la escritura científica, en particular, sobre la escritura de los artículos

de investigación. Esta mirada ha contribuido a ver los escritos científicos, más allá de la simple comunicación de hallazgos, como parte de las prácticas de producción del conocimiento, que tienen una dimensión retórica, por cuanto sus autores se sitúan en relaciones complejas con audiencias específicas, en procesos de negociación de pretensiones de conocimiento que pueden reclamarse y aceptarse en las redes socio-técnicas que participan de la producción y el control de las publicaciones. Dicha mirada contó con antecedentes famosos entre los mismos científicos, que señalaron hace años que la versión del método presentada en los artículos de investigación correspondía a idealizaciones más que a prácticas específicas del proceso de investigación (Medawar, 1963). Mucho tiempo antes, ya desde mediados de la década de 1930, Ludwik Fleck (1986) había propuesto una mirada pionera a la retórica de la escritura científica y a la relación entre los diversos géneros de la escritura y la producción de comunidades científicas que, años después, con la obra de Thomas Kuhn (1971), alcanzaría mayor impacto y notoriedad. Por esa vía ha seguido toda una corriente de estudios de «retórica de la ciencia» y de análisis del papel central de la escritura para la producción de la ciencia misma (Latour & Fabbri, 1977; Latour & Woolgar, 1995; Bazerman, 1988). Aunque la atención se ha centrado en el artículo científico como género central para la producción de la ciencia², también ha habido algunos trabajos sobre los estados del arte y sus efectos para la construcción de los campos de estudio (Ashmore et ál., 1995; Myers, 1991; Restrepo-Forero, 2003), así que no tengo que presentar estos argumentos aquí. Baste por ahora señalar que los estados del arte, o las revisiones historiográficas, en este caso, son un género más constructivo de lo que se piensa, cuando se presume que todo lo que se requiere, al hacer un trabajo de esta naturaleza, es presentar una visión lo más completa o fiel posible del estado de una cuestión o de un campo de indagación determinado. Nunca se incluyen todas las obras, siempre se parte de una selección (por más metódica que esta sea) de autores, trabajos, temas. Al examinar la producción del campo de los estudios darwinistas, por medio de las revisiones del campo, podremos ilustrar mejor el carácter constructivo y polémico que se esconde detrás de la modesta escritura de los estados del arte, las revisiones o las más simples reseñas.

Este artículo está dividido en cuatro secciones, en donde se exploran los siguientes temas. Comenzaremos por examinar un nombre particular que se usó en conexión con los estudios darwinistas durante la década de

2 Véase más referencias en Restrepo-Forero (2004).

1980, cuando, según todas las revisiones, se amplió el número de estudios y de especialistas. Intentaremos comprender las razones que se tuvieron para usar el nombre de *la industria de Darwin*, quizás para describir a un subgrupo dentro del campo, quizás para criticar a un conjunto de autores, quizás para constituir un campo aparte más especializado. Después, veremos de qué manera se asigna una fecha de inicio al campo de *estudios darwinistas*, en una caracterización relacional y polémica, en la que se establece un contraste entre la producción que se elabora en el campo en el presente (la fecha del centenario de su muerte, 1982) y la que existía cuando se celebró el primer centenario de la publicación de *El origen de las especies*, en 1959. En la tercera sección se examina la narrativa más exitosa que contribuyó a darle una identidad al campo de los estudios darwinistas. El aspecto más sobresaliente de esta narrativa es la manera como ordenó los tres grupos que se dice han contribuido en la formación y consolidación del campo. Por último, en el cuarto apartado, se examina la manera como los estados del arte contribuyen a jerarquizar los temas de indagación y se señala cuáles son los temas que han sido constituidos como centrales o marginales en el campo. El texto se cierra con unas consideraciones finales.

❖ Un nombre polisémico: la industria de Darwin ❖

De acuerdo con Timothy Lenoir (1987), *la industria de Darwin* es un nombre extraño, si se tiene en cuenta que no hay equivalentes para casos como Descartes o Einstein, a pesar de que el número promedio de títulos compilados anualmente en *Isis Critical Bibliography* sobre estos autores aproximadamente iguala (en el primer caso) o sobrepasa (en el segundo) el número de publicaciones sobre Darwin (cuyo número era de 525 títulos publicados entre 1959 y 1987). Para Lenoir, en consecuencia, el nombre de *la industria de Darwin* no ha sido acuñado para describir «el simple número de la producción académica sobre Darwin», sino que es «la autodescripción acuñada por un grupo selecto de académicos» o «adictos a los manuscritos, para quienes el contenido de verdad de un enunciado sobre Charles Robert Darwin se mide por el grado en que puede ser indiscutiblemente conectado con la caligrafía de su propia mano, preferiblemente en tinta café». Esta presentación irónica y distanciada del grupo (ya que Lenoir se presenta a sí mismo como un no-miembro que lo analiza desde afuera) está contenida en una reseña muy positiva

del libro *The Darwinian Heritage*, que el mismo autor define como el producto del encuentro de los «capitanes» de la industria de Darwin y cuyo editor, David Kohn, es presentado «como una de las arañas líderes de este mundo arcano y bizantino» (Lenoir, 1987, p. 115).

Para Michael Shortland, quien también evalúa el campo desde la perspectiva de alguien marginal a este, el problema con la industria de Darwin es su creciente especialización y profesionalización. Citando a James Moore (1984), señala que la Industria de Darwin ha empujado a los márgenes a otros autores (por ejemplo, a los «*littérateurs*» del inglés o a los especialistas en «estudios victorianos», según afirma Moore) más inclinados a producir las necesarias «generalizaciones del viejo estilo» (Shortland, 1987, p. 207).

Esta es también la posición que asume Michel Ruse, en el ejemplo más temprano que conozco del uso de la expresión la industria de Darwin³. Ruse usa este nombre en el título de su revisión, que comienza por mencionar que la producción de libros y artículos sobre Darwin y sus predecesores, sucesores y críticos estaba entonces en ascenso, aunque añade con escepticismo que «el simple número» en sí mismo no significa «excelencia». Más que como descriptor de la tasa de crecimiento de la producción sobre Darwin, Ruse usa el nombre para caracterizar «el *tipo* de trabajo que se produce hoy sobre Darwin». Aunque su revisión solo cubre tres libros (escritos por Michael T. Ghiselin, Peter J. Vorzimmer y H. Lewis McKinney), estos son señalados como representativos de un *tipo* criticable de enfoque y de obra (Ruse, 1974, p. 43). Ruse critica que estos tres autores se concentren demasiado en temas «internos a la ciencia en su sentido más puro» (p. 56), hecho que atribuye principalmente a la reciente profesionalización de los expertos en Darwin, quienes parecen sentir que deberían concentrarse exclusivamente en «temas bastante estrechos referidos más o menos a aspectos puramente científicos (y, especialmente, a problemas puramente biológicos)» (Ruse, 1974, p. 56)⁴.

3 Moore cita a Ruse a propósito de la industria de Darwin (Moore, 1984, p. 13). Colp hace el mismo comentario sobre la autoría de Ruse en la producción de este nombre, él también escribe que los participantes usan esta expresión y que la «erudición sobre Darwin», así llamada, se inició aproximadamente en 1958 (Colp, 1989, p. 174 y nota 37).

4 En una revisión publicada por Ruse en 1996, dedicada a presentar una visión de conjunto sobre los últimos diez años de investigación, Ruse solo usa el nombre de *la industria de Darwin* en el título (Ruse, 1996). En otra revisión publicada un año después, Ruse comenta que tras treinta años desde cuando «se profesionalizó propiamente el trabajo en la historia de los estudios evolucionistas [...], hemos visto un crecimiento masivo de la industria, con resultados impresionantes»; y añade que no se requiere que lo convenzan de que «los estudios Darwinistas hoy están activos, son y florecen como nunca antes»

En un espíritu similar, Ralph Colp Jr., quien cita a Ruse (1974) y a John C. Greene (1975) como fuentes para su visión panorámica del desarrollo del campo, concluye que la industria de Darwin «ha llegado a estar conformada por un número de expertos que dedican muchos de sus años productivos de sus vidas profesionales a estudios prolongados e intensivos de los materiales contenidos en los archivos de Darwin [...], y que en el curso de su trabajo sostienen muy a menudo diálogos productivos entre sí y constituyen una comunidad». Los expertos de años atrás, según Colp, no habían invertido tanto tiempo en Darwin. A excepción de Francis Darwin y Nora Barlow (familiares de Darwin), no habían tenido acceso a fuentes inéditas, y a excepción de las relaciones de Francis Darwin con su propia familia, aquellos tempranos expertos no habían «experimentado relaciones con una comunidad de individuos similarmente orientados» (Colp, 1989, p. 175). Colp sigue a Ruse en creer que la industria de Darwin se caracteriza por una común perspectiva, y sigue a Greene en subrayar la importancia de la existencia de una comunidad para el desarrollo del campo.

La posición que adopta Moore (1984) en relación con la industria de Darwin es menos unidimensional que las previamente citadas. Moore sugiere en el título «Revolucionando la industria de Darwin», y lo reafirma en el texto, que el campo requiere una transformación radical, si bien concluye que por tratarse de «una empresa colectiva adelantada por miles de individuos en miles de partes y de mil maneras [ella] es invulnerable a un golpe en una lucha de poder» (1984, p. 19). Aunque sin un golpe, Moore encuentra factible crear «algunos productos revolucionarios nuevos», tales como una nueva descripción de la transformación darwiniana que le ponga fin al concepto de la revolución darwiniana, y una biografía más cautivadora sobre Darwin⁵. Sin embargo, señala que ambas tareas requieren la participación de «generalistas en historia, conocedores de los estudios victorianos y “*littérateurs*” del inglés», todos los cuales han sido arrinconados debido a la creciente especialización de la industria de Darwin (Moore, 1985, p. 20). No obstante, señala Moore que, dada la

(1997, pp. 112 y 117). Resulta interesante anotar que después de esta fecha, las revisiones del campo han decaído. Un libro reciente y muy autorizado sobre Darwin, como *The Cambridge Companion to Darwin*, no incluye una revisión del campo entre sus contribuciones (véase Hodge & Radick, 2009). Una revisión que generó mucho interés por argumentar que había llegado ya el fin de la industria de Darwin es la de Oldroyd, aunque sus comentarios no se tendrán en cuenta en el presente análisis (véase Oldroyd, 2007).

5 Dicho sea de paso que este mismo autor, con Adrian Desmond, cumpliría este último propósito en su excelente biografía conjunta publicada en 1991 (Desmond & Moore, 1991).

división del trabajo, común entonces —en que los «expertos en Darwin poseen conocimientos ganados con mucho trabajo en un amplio arsenal de manuscritos inéditos»—, el «campo minado histórico» de los estudios de Darwin parece «impugnabile hasta que se completen las principales transcripciones y se editen los textos con sus aparatos críticos, y toda la evidencia esté sobre la mesa» (Moore, 1985, p. 20)⁶. La principal crítica de Moore se refiere, entonces, a la especialización y a la división del trabajo que la sostiene, y no necesariamente a atacar el énfasis puesto en el estudio de las fuentes inéditas. Contrario a otras historias del campo, Moore sostiene que este se inició recientemente y que sus orígenes deben ser explicados del mismo modo que como se escribe «la historia de cualquier otra industria» (Moore, 1985, p. 13).

Otros autores —por ejemplo, Frederick B. Churchill (1982) y David R. Oldroyd (1984)— sostienen, por el contrario, que la producción sobre Darwin comenzó en tiempos del mismo Darwin. No obstante, como campo específico de indagación, ambos autores coinciden en señalar que solo surgió o produjo avances significativos durante los últimos veinte años, es decir, desde mediados de la década de 1960. Antonello la Vergata (1985) afirma que el año de 1960 constituye un momento crucial que marca «dos fases en la investigación sobre Darwin, puesto que señala el inicio de lo que se ha dado en llamar *la industria de Darwin*» (1985, p. 903). No es accidental que la fecha señalada corresponda a la publicación de los *Notebooks on Transmutation of Species*. Con cierta ironía él define al «genuino estudioso de Darwin» o a la nueva especie de «*historici Darwiniani*», como «aquel o aquella que al menos una vez en su vida [...] fue a la meca (la sala de manuscritos de la Biblioteca de la Universidad de Cambridge) [...], o recurrió a ese sustituto moderno de la peregrinación erudita: solicitar masivamente cantidades de microfilms». Si la persona ha hecho ambas, añade La Vergata, «él o ella es un candidato serio a publicar un capítulo en *The Darwinian Heritage*» (La Vergata, 1985, pp. 916, 966). Así, con esta metonimia, la nueva especie, o al menos su núcleo duro, podría ser identificada con el conjunto de autores incluidos en el libro de David Kohn⁷. No obstante, La Vergata también se muestra

6 Todo esto ha cambiado desde cuando Moore escribía, gracias al *Darwin Correspondence Project* y a la página de Darwin, que han puesto a disposición de los investigadores de todo el mundo transcripciones de cartas, manuscritos inéditos y diversas ediciones de libros de y sobre Darwin publicados en muy distintos lugares y tiempos. Véase <http://darwin-online.org.uk/>.

7 Uno de los 33 autores incluidos en este libro presenta sus conclusiones como preliminares, y siente necesario aclarar que lo son debido a que no ha hecho referencia

escéptico en relación con la superioridad de los «estudios centrados en manuscritos», que él considera se identifica demasiado con perspectivas «internalistas», y que pone demasiado énfasis en reconstruir el proceso de descubrimiento de Darwin con base solamente en fuentes manuscritas (La Vergata, 1985, p. 921).

Janet Browne, quien escribía en el año del centenario de 1982, señalaba que la industria de Darwin no solo había cambiado las percepciones sobre Darwin, sino que prometía crear una comprensión más compleja sobre desarrollo de la carrera de este científico que la que se tenía años atrás, cuando se pensaba que ya se sabía bien cómo había sido el desarrollo de su pensamiento. De acuerdo con ella, la industria de Darwin no se podía limitar a descubrir los manuscritos y proponer interpretaciones fundadas, sino que tendría que ser más ingeniosa y producir investigaciones que resultaran atractivas para lectores menos especializados, evitando así la tendencia al especialismo que se le atribuía a la industria de Darwin (Browne, 1982)⁸.

Aunque hasta aquí hay bastante acuerdo en señalar que la atención en los manuscritos es un rasgo característico de la industria de Darwin, pero hay discrepancias en cuanto a si esta se ha concentrado lo suficiente en los temas científicos. Rachootin se muestra en desacuerdo con la mayoría de comentaristas ya citados, y apunta que no se le ha puesto suficiente atención a los temas científicos internos: «la industria de Darwin, o una parte considerable de ella, ha producido un logro que hubiese sido difícil predecir —una historia internalista de la biología en la que la biología es básicamente irrelevante—. Metáforas, temas filosóficos y problemas dentales deben ser explorados, especialmente, si la búsqueda se basa en manuscritos inéditos. Diálogo o no, estudiar a los naturalistas sin estudiar los huesos y limitarnos al estudio de las metáforas, la filosofía y las corrientes sociales generales es transformar a Charles Darwin en Herbert Spencer» (Rachootin, 1985, pp. 180-181).

En su discusión sobre la obra de Robert M. Young, uno de los expertos de los estudios darwinistas, Ingemar Bohlin, define la industria de Darwin como un «campo central dentro de la profesión de la historia de la ciencia», en el que se han investigado temas diferentes con múltiples perspectivas y en el que hay dos tensiones centrales. En primer lugar, «una

explicita a los manuscritos contenidos en Cambridge o a otros manuscritos (Secord, 1985, p. 519 y 541 nota 1).

8 Esta misma autora pondría en práctica su propio consejo, al publicar una completa biografía de Darwin (Browne, 1985, 2003) y un libro para el público general con una «biografía» de *El origen de las especies* (Browne, 2006).

tensión entre el examen de materiales de archivo y el estudio de temas contextuales amplios». En segundo lugar, hay una tensión entre explicaciones internalistas y externalistas. Bohlin, de todos modos, concluye que la distinción entre estudios basados en manuscritos y esfuerzos por atender al contexto es demasiado simple (Bohlin, 1991, p. 640).

Esta pequeña historia sobre el nombre de *la industria de Darwin* podría terminar aquí, retomando la crítica de Lenoir. Vale la pena destacar cuatro aspectos. Primero, aunque mi intención no es establecer quién acuñó el término (ya indiqué que Ruse fue quien lo usó primero, en el año 1974), parece que cuando Lenoir (1987) le dio crédito por este nombre a un miembro del grupo (posiblemente a La Vergata), contribuyó a que perdurara, al generar la impresión de que se trataba de una autodescripción, aunque aparentemente ninguno de los autores más reconocidos dentro de este lo ha usado en tal sentido.

Segundo, cualquiera que sea su origen, parece que el nombre es más bien usado para criticar que para elogiar el trabajo de aquellos a quienes se refiere. Los autores que se refieren a la industria de Darwin aluden a una perspectiva que consideran demasiado «internalista», principalmente, centrada en fuentes manuscritas y que reconstruye en gran detalle toda clase de minucias del proceso de descubrimiento, pero que no contribuye a una «contextualización histórica del desarrollo de la carrera de Darwin», tal como lo señala Lenoir que debería hacerse en el futuro. En este sentido, el nombre de *la industria de Darwin* parece funcionar como otra forma de nombrar las perspectivas «internalistas» en los estudios de Darwin, principalmente por parte de aquellos que se oponen a esta manera de abordar la historia de la ciencia.

Tercero, dado que el rótulo de *la industria de Darwin* se usa como parte de una controversia, no es fácil establecer cuáles autores son presentados como ejemplos prototípicos del punto de vista criticado. Diferentes autores incluyen dentro del grupo a autores que quizás no se verían a sí mismos como integrantes de un grupo que comparte un conjunto particular de características. Dos ejemplos pueden servir para ilustrarlo. Primero, veamos el caso de dos de los autores incluidos en la revisión de Ruse como exponentes de una tendencia: Michael Ghiselin y Peter Vorzimmer. El primero, quizás desesperado por algunas de las críticas que se hicieran de su libro, (re)describe su obra como no conforme a las reglas seguidas por los historiadores. Señala que él había sido entrenado en un «campo de la historia llamado “anatomía comparada”» y postula que una de sus metas había sido «convertir la historia de las ideas en algo más parecido a la biología evolutiva», o quizás sería mejor

decir que procuraba subsumir dos campos bajo uno más general (Ghiselin, 1976, p. 121). En consecuencia, de acuerdo con su autodefinición, Ghiselin difícilmente podría encajar como un ejemplo prototípico de la dirección tomada por los historiadores en el estudio de Darwin. Pero quizás nadie encajaría en una imagen que es principalmente usada como un recurso retórico de contraste. No obstante, además de mostrarse ajeno a la perspectiva de los historiadores en su revisión muy crítica de la obra de Vorzimmer, Ghiselin también critica el extenso uso de fuentes manuscritas, especialmente, por parte de historiadores poco entrenados en conceptos biológicos, y señala que él había basado su propia visión sobre los análisis del mismo Darwin y sobre sus obras publicadas⁹. Reunidos en la revisión de Ruse como dos ejemplos de la industria de Darwin, Ghiselin y Vorzimmer no encajan como para ser presentados como exponentes de una misma perspectiva.

El segundo ejemplo se puede ver en la definición metonímica dada por La Vergata. Encontrar una característica común compartida por todos los autores incluidos en el libro *The Darwinian Heritage* puede ser tan difícil como producir una definición unívoca de la industria de Darwin. En este libro encontramos autores como Young, Frank Sulloway, Stan Rachootin y Moore, todos los cuales critican la dirección tomada por la industria de Darwin. Todos ellos se encuentran arropados bajo la misma cubierta con David Kohn, el supuesto capitán de esta empresa y, de acuerdo con La Vergata, su historiador «oficial». Encontramos también a los autores más elogiados por Lenoir (Sulloway, Sandra Herbert, Martin Rudwick, Moore, Silvan Schweber), al lado de los que él critica por seguir la tendencia de la industria de Darwin (Howard Gruber, M. Jonathan y S. Hodge, Kohn). Y encontramos a los autores con trayectorias internalistas pero con soluciones contextualizadoras que menciona Bohlin (Herbert, Kohn, Hodge), junto con Young, quien ha criticado su excesivo énfasis en las fuentes manuscritas. Así las cosas, en conclusión, Ruse, el autor que aparentemente acuñó el nombre, incluye en su revisión como ejemplos de la industria de Darwin a dos autores que no se veían compartiendo una metodología común o conclusiones sustantivas similares. De otra parte, la definición metonímica de La Vergata no nos lleva lejos en el camino de encontrar un grupo cuyos miembros fuesen

9 Como si no pudiera resistir el encanto de los manuscritos, a pesar de lo ya señalado, Ghiselin aclara: «para elaborar esta reseña, no obstante, he pasado algunas semanas en Cambridge y he revisado mucho del mismo material que revisó Vorzimmer, así como mucho otro material que puede que él no haya visto» (Ghiselin, 1973, p. 155).

comúnmente identificados como pertenecientes a él, bien sea por otros autores o por ellos mismos.

No obstante, y este es el cuarto aspecto que quiero señalar, no se debe tomar literalmente un nombre que es usado vagamente por diferentes autores, quizás en un esfuerzo por establecer una frontera entre ellos y otros. En este sentido se puede decir que la expresión *la industria de Darwin* es usada en tantos contextos y con tantas diferencias sutiles que simplemente señala la distancia entre un autor (el autor solitario de la revisión) y un grupo de investigadores ultraspecializados y obsesionados con detalles mínimos y, por lo tanto, incapaces de ver el panorama más amplio descrito por el autor solitario de la reseña. Esta descripción es más o menos adecuada para los casos de Ruse (1974), Lenoir (1987), Shortland (1987), Moore (1984) y La Vergata (1985). Otros autores como Young (1987), Rachootin (1985) y Sulloway (1985) también adoptan una posición crítica. Oldroyd (1984), Colp (1989) y Bohlin (1991), quienes adoptan una posición más distanciada en torno a estas controversias, usan el nombre de la industria de Darwin más para describir a un grupo de investigadores que para señalar una perspectiva específica en la investigación sobre Darwin.

Para concluir esta sección, solo puedo señalar que no me es posible producir más orden en el uso de este nombre que el que los autores mismos le han intentado dar en todas sus contradictorias posiciones. Solo hay una cosa común a todos los usos: el nombre nunca es usado para la autoidentificación, lo cual tiene mucho que ver con el componente *industria* en él, con sus connotaciones de producción masificada, mecanizada y estandarizada, tan poco afines con el trabajo individualizado del investigador en historia. Así, no es extraño que los autores que lo usan para producir la imagen de un esfuerzo coordinado en la producción de investigaciones sobre Darwin sientan al mismo tiempo que tienen que tomar distancia frente a las indeseables connotaciones maquinales que tiene este nombre. Ya veremos en el cuarto acápite de este texto cómo el nombre también termina identificando un problema de investigación específico.

❖ ¿Existía una comunidad de estudiosos sobre Darwin en 1959? ❖

Como hemos visto, el rótulo de *la industria de Darwin* sirve generalmente para contrastar la situación que existía en la investigación sobre Darwin en 1959 con los desarrollos posteriores. En este acápite examinaré qué se dice en estas revisiones sobre la situación del campo de estudios

darwinistas en 1959. David Kohn, el editor de *The Darwinian Heritage*, presenta el libro como «el producto de una comunidad de investigadores que se ha vuelto crecientemente internacional, institucionalizada y diversa en sus perspectivas historiográficas», y también describe la constitución y el origen de esta comunidad. Su origen, aunque impreciso, parece encontrarse en algún momento entre los centenarios de 1959 y 1982, celebrados de maneras cualitativamente diferentes. De acuerdo con Kohn, la comunidad de estudios de Darwin en 1982 se caracteriza por dos aspectos: una común «creencia en la importancia de Darwin» y en que produce «investigación *histórica* sofisticada» (Kohn, 1985, pp. 1-2). En contraste con esto, Kohn observa que las celebraciones de 1959 fueron organizadas por científicos, no por historiadores, quienes entonces veían a Darwin como un «pensador de segundo orden». Así, para Kohn, la fuerte comunidad de Darwin que existía en 1982 no existía en 1959.

Al examinar las revisiones de la literatura producidas con ocasión de los muchos escritos publicados en 1959 —tales como las de Fleming (1959), Loewenberg (1959, 1965) y Ellegård (1960)—, es claro que ninguno de estos autores señala que en este tiempo había una común «creencia en la importancia de Darwin». Algunos, por el contrario, lamentan señalar que más bien ocurre lo contrario. Los tres autores mencionados señalan que, muy en contra de las expectativas, puesto que se celebra el aniversario de publicación de la famosa obra de Darwin, y puesto que ya habían pasado casi veinte años desde la «síntesis moderna» (así la llaman ellos), la producción de obras con ocasión del centenario no es «completamente positiva». También lamentan que varios de los textos publicados entonces sobre Darwin, indistintamente de que hubieran sido producidos por humanistas o por historiadores profesionales, parecían compartir una mirada muy crítica sobre el naturalista. A manera de ejemplo, veamos lo que escribe Fleming (1959, p. 439): «hoy, casi veinte años después [de la publicación en 1942 de la obra de Julian Huxley, *Evolution. The Modern Synthesis*], salta a la vista, al leer las publicaciones producidas supuestamente para celebrar el centenario, que muchos de los escritos despliegan una clara animosidad contra Darwin o contra la selección natural o contra ambas, y que otros, si se tomaran literalmente, disminuirían la estatura de Darwin».

No obstante su común indignación contra las críticas que señalan como característica de la producción bibliográfica sobre Darwin escrita para el centenario de 1959, vale la pena anotar que dos de ellos (Donald Fleming y Bert Loewenberg) figuran en el estado del arte que finalmente constituirá una mirada unificada del campo (como veremos en la sección siguiente), figuran en la revisión escrita por Greene en 1975, como

integrantes del grupo de «historiadores intelectuales», y, en consecuencia, podrían verse como refutaciones claras de sus propios argumentos. Podría decirse, siguiendo una perspectiva sociológica más clásica, que más que reflejar su preocupación por un problema real, estos autores simplemente expresan su indignación con sus colegas en la profesión de historiadores por no estar a tono con la marcha triunfal de los biólogos que entonces escribían obras más positivas sobre Darwin. Se diría que su malestar se debía a que veían a los biólogos, su nuevo *grupo de referencia*, como «mejores historiadores» que los profesionales (Loewenberg, 1975, p. 23). En cualquier caso, ellos mismos como historiadores eran la viva excepción a su propia crítica, puesto que al menos ellos habían logrado comprender la verdadera naturaleza de la nueva síntesis y de la «revolución darwinista». De otra parte, es claro que al menos estos historiadores son la excepción al planteamiento de Kohn, quien ya vimos que afirmaba que en 1959 las celebraciones y los escritos sobre Darwin habían estado dirigidos por científicos y no había habido intervención de historiadores.

En contraste con el monopolio que de acuerdo con Kohn tuvieron los científicos en la celebraciones de 1959, Philip Appleman, el editor de la revista *Victorian Studies*, señalaba en una revisión publicada en el mismo año que «integrantes de los departamentos de historia, filosofía e inglés» estuvieron a cargo de conducir las celebraciones (1959, p. 115).

Cómo se planearon y llevaron a cabo las celebraciones *realmente* es otro asunto. De acuerdo con Vassiliki Smocovitis, quien ha estudiado en detalle la organización en la Universidad de Chicago de las celebraciones más famosas y exitosas del centenario de 1959, los organizadores no pudieron encontrar un historiador que asumiera la tarea de coordinar la producción de un volumen histórico. Charles C. Gillispie señaló que el número de posibles autores que podrían contribuir era igual al número de ensayos que se necesitarían¹⁰. I. Bernard Cohen declinó la invitación a ser el coordinador del volumen, y John C. Greene también declinó porque estaba completando un libro sobre la historia del pensamiento acerca de la evolución. Ilza Veith, quien contactó a estos autores, comentó que nadie podía pensar «en algún otro americano historiador de la ciencia que haya trabajado sobre la evolución»¹¹. No es claro a partir de la reconstrucción de Smocovitis si la escasez de historiadores de la biología era un fenómeno peculiar de Estados Unidos o era más general. Sin embargo, él sí deja abierta la posibilidad de que la participación de historiadores en este evento se deba a la

10 Carta de Gillespie a Sol Tax, citada en Smocovitis (1999, p. 318).

11 Carta de Veith a Sol Tax, probablemente de 1956, citada en Smocovitis (1999, p. 318).

participación en otras celebraciones. Cualesquiera hayan sido las causas de la naturaleza «ahistórica» del evento, Smocovitis concluye de modo positivo que el resultado final fue favorable, puesto que llamó la atención «sobre la falta de investigación acerca de la importante figura de Charles Darwin». Evaluando la situación muchos años después de los hechos, Smocovitis le atribuye a estas celebraciones no solo las publicaciones sobre Darwin que se produjeron durante los años sesenta, sino el entusiasmo y caudal de publicaciones que se vieron en 1982.

En cualquier caso, vale la pena señalar que las revisiones publicadas por Alvar Ellegård, (1960), Loewenberg (1959, 1965) y Fleming (1959) incluyeron un total de 57 textos sobre Darwin publicados hasta el año de 1959, aunque llama la atención que solo hubiera dos textos de los 57 que figuraran en todas las revisiones. Como ya mostré atrás, la nota común que estos autores señalaron en sus reseñas no fue la falta de interés por parte de los historiadores en Darwin, sino la naturaleza crítica distanciada y poco celebratoria de sus trabajos (y presumiblemente también de otros autores no historiadores).

Para concluir esta sección es importante observar que, al procurar evaluar la versión de Kohn sobre la falta de contribuciones de los historiadores al campo de los estudios darwinistas durante las celebraciones de 1959, conviene recordar la perspectiva desde la cual Kohn está evaluando esta producción en 1985, que es la de caracterizar el campo de estudios darwinistas en este momento como uno en el que se estaba produciendo «investigación *histórica* sofisticada». Este punto de vista es el que le permite evaluar la situación de 1959 como deficiente. Pero como ya señalé, fuera de algunos comentarios relativos a la manera como algunos historiadores percibían a Darwin, los autores de las revisiones publicadas en 1959 no estaban involucrados en la misma demarcación de fronteras que los autores en 1982. Los primeros no procuraban definir el campo como exclusivamente histórico, como harían los segundos. Los autores de las revisiones de la producción del centenario de 1959, con todas sus diferencias (ya que como vimos, de 57 obras incluidas solo había dos que coincidían en todos los autores), incluían en sus revisiones trabajos que podrían ser considerados muy heterogéneos tanto por Kohn como por La Vergata: trabajos históricos aparecen junto con trabajos biológicos producidos por algunos de los arquitectos de la nueva síntesis como George R. Fisher, Ernst Mayr y George Gaylor Simpson. En su esfuerzo por mostrar que sus conocimientos biológicos eran correctos y que en ellos tomaban las directrices dadas por los biólogos en torno a las contribuciones más «válidas» de Darwin, los autores de las revisiones de la literatura producida en

1959 estaban muy prestos a reconocer que los «biólogos en este sentido son mejores historiadores que los profesionales» (Loewenberg, 1959, p. 529), o a criticar a los historiadores por su falta de comprensión de las perspectivas biológicas contemporáneas. En todo caso se preocupaban menos por trazar líneas divisorias que los separaran de los biólogos, a quienes consideraban sus mentores en la investigación sobre Darwin.

¿Cuál era pues la situación de los estudios darwinistas en 1959? Más aún, ¿existía un campo de estudios darwinistas en 1959? Al sumar simplemente las obras incluidas en las cuatro revisiones contemporáneas ya citadas, encontramos 57 obras que incluyen aproximadamente 60 autores que publicaron alguna contribución en ese momento. Así, si el criterio de existencia de un campo es que haya algunos autores involucrados activamente en producir trabajo en un área común de conocimiento, tendríamos que concluir que en 1959 había un área de investigación interesada en la comprensión de la contribución de Darwin a la ciencia. Si bien muchos de estos 60 autores no se incluyen en las revisiones de la historia del campo que se presenta como un campo *histórico* (tales como las de Oldroyd, La Vergata, Greene y Churchill), varias de estas eran consideradas por los autores en 1959 como tales. Sin embargo, en aquel tiempo no parecía haber interés en hacer el tipo de demarcación de fronteras que Kohn y otros estaban haciendo en 1980, al caracterizar el campo de estudios darwinistas como un campo exclusivamente dedicado a producir estudios históricos sofisticados. Por el contrario, en 1959, algunos historiadores, tanto como los biólogos, reclamaban que los científicos habían producido las mejores evaluaciones de la obra de Darwin, entre las cuales se incluían muchas obras que no se considerarían como parte del campo en 1982.

En lugar de producir una versión alternativa a la de Kohn en relación con el origen del campo de estudios darwinistas, en la que se pretenda señalar que el campo de hecho existía en 1959, quiero señalar que la existencia de este depende fundamentalmente —más que de cualquier otra cosa (como de la existencia real de autores y personas que trabajen sobre un tema)—, de la estabilización de una definición pública de sus fronteras y de la negociación pública del estatus de sus practicantes. En este sentido, se puede ver cómo las revisiones de un campo son en buena parte definiciones públicas que lo constituyen por medio precisamente del acto público y performativo de nombrarlo, de definir sus límites e identificar a sus autores canónicos y autorizados, al tiempo que se excluye a los autores o contribuciones que *propiamente* no pertenecen a este. Dicho proceso también incluye negociar una historia oficial del campo, lo que también contribuye a identificar la comunidad que se configura

por la producción misma de esa historia. En la tercera sección de este artículo presentaré cómo Greene produjo la primera historia oficial del campo, y con ello redefinió el papel de algunos de los autores que hemos visto aparecer hasta aquí.

• Tres grupos, ¿una sola comunidad de estudios darwinistas? •

John C. Greene (1975) es probablemente el primer autor en proponer en una revisión que la investigación sobre Darwin había desarrollado ya los componentes propios que se esperaban de un campo. Él también proporciona una narrativa de su desarrollo, identificando el surgimiento de tendencias de pensamiento, filiaciones, migraciones y cambios de tendencias y perspectivas. Su versión de la historia del campo de los *estudios darwinistas*, como él empezó a llamarlo, ha sido ampliamente citada y usada en otras revisiones del campo. Se ha convertido en su historia oficial. Greene organiza la historia del campo en una secuencia, en la que presenta actores colectivos y sus perspectivas, y en la que proporciona una definición de lo que se puede considerar como contribuciones propias a los estudios darwinistas. De acuerdo con Greene, durante «los últimos quince a veinte años» (esto es, comenzando en algún momento entre 1955 y 1960), surgió «un campo reconocible de estudios darwinistas cultivado por un número importante de investigadores con suficiente contacto cercano entre ellos e involucrados en un diálogo productivo, que incluía diferencias claramente articuladas de perspectiva, metodología e interpretación» (Greene, 1975, p. 243)¹². El surgimiento de este campo, en la versión de Greene, tiene la estructura típica de «una revolución en los estudios darwinistas», es decir, tiene la estructura típica del desarrollo de un campo desde el punto de vista de un seguidor de la perspectiva de Thomas Kuhn; solo que esta estructura kuhniana de desarrollo carece de un paradigma que unifique o defina la comunidad señalada. Esta versión de un cambio radical o cualitativo ocurrido aproximadamente en 1960 es también compartida por La Vergata, quien, como vimos, considera tal año como «un momento divisorio en dos fases de la investigación sobre Darwin», porque señala el origen de la industria de Darwin.

12 La atención puesta en el tema de la interacción entre los investigadores como signo de existencia de una comunidad es común en varias revisiones, como las de Churchill (1982) y la de Colp (1989).

Antes de mediados de la década de 1950, había «individuos aislados que tenían poco contacto entre sí y que no compartían un universo discursivo común en relación con los problemas, los métodos y las fuentes de materiales en los estudios darwinistas» (Greene, 1975, p. 243). Así, Greene presenta una versión, en un momento pre-paradigmático, de la protohistoria del campo que se complementa con una explicación de la constitución de un «campo de estudios darwinistas propiamente dicho». Tres elementos son necesarios para comprender el desarrollo de este nuevo campo: 1) el «surgimiento de la historia de las ideas como una disciplina académica» entre 1930 y 1950; 2) «la cristalización de la teoría moderna de la evolución por selección natural en este mismo periodo» y 3) «la rápida expansión y profesionalización de la historia y la filosofía de la ciencia como una disciplina académica, en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial» (Greene, 1975, pp. 247-248). Churchill, La Vergata y Moore ofrecen interpretaciones similares, aunque este último añade como cuarto antecedente a la formación del campo «la exitosa lucha por el reconocimiento, en la historia y la filosofía de la ciencia, de las interpretaciones inspiradas ampliamente por una “sociología crítica” del conocimiento que resultaba atractiva para los jóvenes investigadores que habían recibido el impacto de los levantamientos políticos de la mitad de la década de los sesenta y posteriores» (Moore, 1984, p. 13). La definición de Greene de los eventos históricos que culminaron en el establecimiento del campo se ha convertido también en parte del repertorio usado por otros autores.

Para Greene, el surgimiento de «la historia intelectual como una disciplina académica», que puede verse por medio de la lista de publicaciones contenidas en *Isis Cumulative Bibliography*, dio lugar a una generación de historiadores de las ideas dedicados al estudio de Darwin y de los conceptos de la evolución. Aunque más recientemente el interés por estos conceptos hubiera declinado, se produjo una «migración de historiadores de las ideas y de sus puntos de vista a la disciplina naciente de la historia de la ciencia» (Greene, 1975, p. 248). Así, Greene crea una genealogía que enlaza a los historiadores de las ideas y a los historiadores de la ciencia. Estos historiadores, no solo son un grupo claramente definido, cuyos integrantes son presentados con nombre propio, sino que constituyen el grupo al que Greene mismo dice pertenecer. Al caracterizar sus contribuciones, Greene introduce su *ethos* como comentarista y su posición dentro del campo que está examinando:

Caracterizar y evaluar las contribuciones hechas por los historiadores de las ideas al campo de estudios darwinistas no es una tarea sencilla,

especialmente, para quien es él mismo un historiador de las ideas por afinidad y formación. Puede decirse de manera cierta, no obstante, que los historiadores de las ideas han estado menos interesados en la descripción y evaluación de las investigaciones científicas específicas de Darwin y sus predecesores y contemporáneos, que en las ideas generales que han dado forma a sus trabajos. (Greene, 1975, p. 250)

La descripción transcrita anuncia los términos de una comparación, no solo de los temas que han interesado o no a los historiadores de las ideas, sino de los temas que le interesaban a otro grupo frente al cual la expresión comparativa «menos interesados» cobra sentido:

Si una falta de atención al detalle menudo de la evidencia y la discusión científica constituye una debilidad central en la perspectiva de los historiadores de las ideas en los estudios darwinistas, lo mismo no puede decirse de los científicos que han entrado a este campo de investigación y escritura [Greene, 1975, p. 252]. [...] Pero al igual que la perspectiva de los historiadores de las ideas en relación con la historia de la biología evolutiva tiene sus limitaciones y prejuicios, lo mismo ocurre, también, con la del científico practicante convertido en historiador. Y así como Darwin se convirtió en un héroe para algunos historiadores de las ideas y en un villano para otros, así, también él ha excitado las pasiones polémicas de los biólogos evolutivos modernos atrapados en las controversias científicas y filosóficas del siglo xx [Greene, 1975, p. 253]. [...] Para la mayoría de biólogos evolucionistas, no obstante, Darwin es un héroe que debe ser defendido contra todos los ataques de sus enemigos. (Greene, 1975, p. 254)

El grupo de científicos-historiadores es presentado de manera comparativa con el grupo de historiadores intelectuales, pero casi con una connotación negativa. Ciertamente, la crítica que se aplica a los historiadores de las ideas no puede aplicarse a este grupo, pero carecer de la mayor debilidad que se señala para los historiadores de las ideas no deja a los científicos-historiadores en una posición superior. Por el contrario, estos también están sujetos a «pasiones políticas» que los vinculan precisamente al segundo gran componente que Greene anota como explicativo del surgimiento del campo, es decir, el componente científico moderno. Esto crea un prejuicio adicional en este grupo, puesto que ellos «se sienten llamados a mostrar que Darwin estaba de su lado en las controversias del siglo xx en relación con la teoría evolutiva, el método científico adecuado y la filosofía del hombre, la naturaleza y la sociedad» (Greene,

1975, p. 254). En consecuencia, el margen de puntos de vista que este grupo puede defender en relación con Darwin es más estrecho. Mientras que los historiadores de las ideas han adoptado posiciones extremas héroe/villano en relación con Darwin, los científicos historiadores están comprometidos en la defensa de Darwin «contra todos los ataques de sus enemigos», aunque esta común defensa de Darwin se haya dado desde diversas posiciones filosóficas y científicas que dependen de los compromisos intelectuales de los distintos defensores en el campo científico.

Este contraste lo destaca claramente Greene al evaluar la obra de Ghiselin, *The Triumph of the Darwinian Method*. Sobre ella afirma que ejemplifica las «consecuencias de esta aproximación defensiva y polémica al estudio de Darwin y su lugar en la historia» (1975, p. 254), con lo cual Greene deja de lado la mirada que parece equiparar las dos maneras de examinar la obra de Darwin, para poner en evidencia limitaciones mayores en la perspectiva de los científicos-historiadores que en la de su propio grupo, como puede verse en el siguiente comentario:

No quisiera negar que el libro de Ghiselin es muy provocador e informativo. Pero como historiador me siento agobiado por su tendencia a llevar las luchas y la terminología científica de su propio tiempo y proyectarlas en el pasado y buscar que Darwin tome posición en controversias que aún no habían surgido. (Greene, 1975, p. 258)

Aquí Greene exhibe de manera abierta sus credenciales de *historiador*, presentando a Ghiselin como la encarnación de los pecados de la «historia *whig*»¹³. Más aún, la tendencia a producir este tipo de historias *whig* se presenta casi como la inclinación natural de los científicos, en un intento más por descalificarlos o al menos cuestionarlos como historiadores. De los historiadores se dice que carecen de intereses concretos en el resultado de las polémicas científicas en las que están involucrados los científicos-historiadores. Esta perspectiva de Greene será compartida por Oldroyd (1984), La Vergata (1985) y Moore (1984). Todos ellos, como historiadores, señalan que las apropiaciones de Darwin hechas por los científicos están claramente conectadas con el esfuerzo de legitimar diferentes versiones del «establecimiento neo-darwiniano» del presente.

13 El calificativo «historia *whig*» fue acuñado por el historiador británico Herbert Butterfield (1931), para criticar la historia escrita por los Whig (el partido histórico que defendía la propuesta de darle mayores poderes al Parlamento, en contra del partido Tory), que simboliza una historia teleológica, progresista y presentista, en la cual se mira del pasado solo lo que conduce al «progreso».

En palabras de Moore: «Darwin para Mayr fue un “revolucionario intelectual”, un “gran hombre”, “pionero” y “audaz”, cuyo antiesencialismo, gradualismo y pensamiento poblacional lo convierte en el perfecto precursor de científicos como Ernst Mayr» (1984, p. 18). Vale la pena señalar, en cualquier caso, que otros autores, como Oldroyd, también tienen sus recursos para desacreditar la obra de algunos historiadores. El recurso más usado, en estos casos, es señalar las inclinaciones ideológicas de determinados autores que podrían dirigir (y desviar) su mirada en una u otra dirección ideológica (izquierda o derecha).

Si bien los contrastes entre tipos de historiadores coinciden, no ocurre lo mismo con la ubicación de los autores en uno u otro grupo. Así, para Greene, Mayr forma parte de una categoría aparte. Él ciertamente es un científico-historiador, pero «se ha mostrado capaz de análisis científicos sólidos con una apreciación adecuada de las complejidades de la historia intelectual» (1975, p. 259). De forma astuta Greene coopta a Mayr como excepción a la tendencia típica de los científicos-historiadores, pero lo considera excepcional solo en la medida en que adopte las perspectivas propias de los historiadores intelectuales. Quizás una de las razones principales del éxito de la revisión del campo escrita por Greene —que puede observarse parcialmente, en términos de las citas que su estado del arte ha recibido, pero, principalmente, por la forma en que otras revisiones posteriores han adoptado su misma manera de caracterizar la historia del campo de estudios darwinistas— tiene que ver con la forma en que él logró cambiar las jerarquías de las relaciones entre científicos e historiadores. Esto se debió a que, después de su (re)visión del campo, no son los historiadores quienes tienen que aprender o depender de los científicos, sino que son los científicos quienes tienen que comprender las perspectivas de los historiadores, si quieren hacer historia de la ciencia. Greene proporciona ejemplos de científicos que se han convertido en historiadores, con lo cual muestra que, para ser exitoso en este campo, es preciso ser o volverse un historiador.

El tercer evento que, de acuerdo con Greene, contribuye a la emergencia del campo —i. e., «el desarrollo y la expansión de la historia y la filosofía de la ciencia como disciplinas académicas», grandemente estimulado por la obra de filósofos-historiadores como Thomas Kuhn y Stephen Toulmin— le permite a Greene introducir a su tercer actor colectivo en esta visión tripartita de los estudios darwinistas.

Al introducir este grupo, Greene proporciona una lista de individuos en diferentes países y universidades que le sirve para prestarle atención a las filiaciones que quiere presentar entre jóvenes investigadores y

sus mentores. Con este recurso, Greene documenta la influencia, transformación y reconversión de los historiadores de las ideas en profesores de la nueva generación de historiadores profesionales de la ciencia. Por ejemplo, Robert Young, previamente mencionado como un historiador de las ideas, reaparece como profesor de grupos de historiadores que, en el momento, estaban desarrollando temas importantes sobre Darwin. Estas filiaciones entre historiadores de las ideas y sus estudiantes, muchos de los cuales se mencionan junto con sus temas de investigación doctoral¹⁴, son relevantes puesto que confieren un sentimiento de continuidad entre los historiadores de las ideas y el nuevo grupo de historiadores con formación profesional.

Greene destaca también, al presentar el grupo de historiadores profesionales, que sus estudios detallados carecen de una perspectiva común y de profundidad en sus análisis, y anuncia que quizás sus trabajos podrían ser incluidos en el futuro en perspectivas más amplias —acaso las de los historiadores de las ideas—. Pero el aspecto más importante en esta visión que apunta al futuro y a la tarea por realizar es que se presenta como un trabajo de cooperación, en el cual los historiadores de la ciencia ocuparán una posición central. Así, en los párrafos finales de su revisión, la pluralidad de perspectivas se presenta como una fuente potencial de fortaleza para esta comunidad de investigadores. Esta historia moral no podría estar completa, sin un llamado final a la cooperación:

Pero esta diversidad de perspectivas, lejos de constituir una fuente de debilidad, debería añadir variedad, sofisticación y fuerza a la empresa, si todos las partes interesadas consideraran seriamente las limitaciones inherentes en cada perspectiva para los análisis históricos complejos, y entran en las controversias que inevitablemente resultan de sus diferencias con un espíritu de amistosa rivalidad y aprendizaje mutuo. En este empeño, la *History of Science Society* puede jugar un papel invaluable como foro para el intercambio de ideas e información, y como fuente de coordinación, apoyo y estímulo para la investigación en este campo, sin importar el estatus y el origen de aquellas personas que unan su contribución al esfuerzo general. (Greene, 1975, p. 273)

14 Esta es otra prueba más del carácter constructivo de los estados del arte, ya que en ellos pueden figurar «autores» que todavía no lo son, es decir, que no han publicado obras ya reconocidas, al tiempo que, inevitablemente, se quedan por fuera autores cuya red de relaciones no está integrada a la red del autor de la revisión.

La referencia final a la *History of Science Society* proporciona claves a los lectores, en relación con el contexto en y para el cual Greene había preparado su artículo. Como lo menciona en sus agradecimientos, el artículo se leyó en las celebraciones del aniversario número cincuenta de esa sociedad. Al ubicar a los historiadores profesionales de la ciencia como abanderados en el campo de los estudios darwinistas, Greene seguramente tomaba en cuenta a su audiencia. La ocasión parecía apropiada para que un destacado historiador de las ideas reconociera que había llegado el momento para que los historiadores profesionales asumieran un papel protagónico en el estudio de Darwin.

Pero en lugar de presentar una visión continuista del desarrollo del campo, Greene decide presentar el campo como nuevo, surgido durante los últimos años, y explicar las causas que daban cuenta de su surgimiento. Al presentar los tres principales actores colectivos que lo integraban, Greene le da más peso a los historiadores intelectuales, invirtiendo las jerarquías que habían prevalecido en las revisiones producidas en 1959. Por último, al introducir el grupo nuevo de historiadores profesionales, lo declara heredero, por la vía de detalladas cadenas de linajes, formación y migración, del punto de vista de los historiadores de las ideas, y así le da nueva vida a esta perspectiva. También logra Greene, al presentar el carácter profesoral y formador del grupo de historiadores de las ideas y contrastarlo con el grupo joven de nuevos historiadores, mantener una posición de privilegio para su propio grupo, como grupo mentor y consolidado frente al cual los jóvenes todavía tendrán que probarse. Aunque el futuro pertenece a este joven grupo, este todavía requerirá la colaboración de todos los demás.

Por último, la llamada a cooperar que Greene presenta al final de su revisión no es una simple nota positiva para finalizar una historia con un contenido moral sobre un futuro común deseable, sino una parte integral de la definición misma del campo que produce Greene. Dicha nota sirve, al mismo tiempo, para entender el éxito que tendría su visión en la estabilización de un campo de estudios de Darwin como un campo *histórico*. Este último —contrario a lo que ocurriría con la industria de Darwin— se definirá como una comunidad con diferentes perspectivas, cada una de las cuales podría contribuir en la empresa común, mas no como una élite de investigadores en una torre de marfil o como una aplastante e impersonal maquinaria de investigación frente a la cual otros investigadores tendrían que asumir distancia.

Futuros trabajos de revisión encontrarían en Greene suficientes elementos para retomar, aun cuando en algunos casos encontrarán

necesario cuestionar su definición de los tres grupos que integraban la comunidad. La Vergata, por ejemplo, engloba a los científicos-historiadores y a los historiadores de las ideas bajo el nombre común de «historia intelectual». De acuerdo con La Vergata, la «historia intelectual» «no es el trabajo de un grupo de profesionales, sino el *patrón* de una perspectiva frente a Darwin» dominante antes de 1960, pero seguida «por una gran variedad de escritores desde entonces» (1984, p. 904). Esta posición borra la frontera entre los historiadores de las ideas y los científicos-historiadores, al tiempo que fortalece la frontera que existe entre estos y los historiadores de la ciencia formados profesionalmente. Al igual que Kohn, La Vergata comenta que la visión aceptada en el pasado (por la mayor parte de autores de las revisiones aquí citadas), según la cual los historiadores precisaban centrarse «en cómo los sucesivos desarrollos en la ciencia han clarificado, integrado o corregido las visiones de Darwin sobre varios problemas difícilmente constituye la *via regia* hacia la reconstrucción histórica de la obra del propio Darwin». Y acentúa, además, su distancia intelectual tanto de los historiadores de las ideas, como de los científicos-historiadores, al señalar que «el tono celebratorio y adulador de los balances historiográficos como los de Loewenberg (1965) resultan hoy en día algo desconcertantes» (1984, p. 914). Sin embargo, en su conclusión, La Vergata restablece similares distinciones a las señaladas por Greene, y hace un similar llamado futuro a la cooperación:

Si se dejan solos, los historiadores de las ideas pueden tender a ser superficiales; los filósofos, a ser abstractos y ahistóricos; los científicos, a ser *naïf* [‘crédulos’] y *Whiggish* [véase n. 13], los estudiosos profesionales de Darwin a ser eruditos y estrechos de miras. En consecuencia, se trata de cooperar. La historiografía de la ciencia es el resultado de muchas historias, es una empresa colectiva con pluralidad de perspectivas. Los estudios darwinistas no son la excepción. Ellos son, de hecho, una actividad interdisciplinaria y un asunto pluralista. (La Vergata, 1984, p. 964)

Como hace Greene, no se trata de que La Vergata añada al final un llamado moral a cooperar, sino que esta estrategia le permite hablar de un campo de estudios darwinistas (ahora definido como un campo interdisciplinar, a pesar de Kohn) que, en cualquier caso, está predominantemente bajo la tutela de los historiadores profesionales. Aunque el mismo comentario se encuentra en Churchill y en Oldroyd, estos dos autores adoptan una posición diferente. Mientras que las visiones de Greene y de La Vergata apuntan en la dirección de la cooperación en un campo

representado como lleno de controversias y puntos de vista divergentes, las de Churchill y Oldroyd ven el desarrollo del campo como la formación de un consenso acumulativo y progresivo. En todo caso, una vez que la narrativa de Greene se afianza, a través de las múltiples citas y usos que se hacen de ella, se puede decir que el campo adquiere una identidad relativamente estable. Quizás comparativamente se puede ver cómo el campo de los estudios darwinistas, como lo describe Greene, integra más que el nombre de *la industria de Darwin*, que solo define a un subgrupo de historiadores ultraspecializados y deja por fuera los otros grupos integrados en una visión más ecuménica del campo, aunque no exenta de polémicas.

❖ Constituir las jerarquías del campo: temas centrales y marginales ❖

En esta sección final examinaré el modo en que los temas de que se ocupa el campo son ordenados por los autores de los estados del arte en términos de su centralidad relativa. Sostengo aquí que, al tiempo que se define la centralidad de algunos temas, también se produce la marginalidad relativa de otros. Ambas, marginalidad y centralidad, son producidas simultáneamente, pero, por lo general, de manera tácita en el caso de la marginalidad (aunque no en todos los casos).

El criterio adoptado aquí será el que siguen los autores de los estados del arte al ordenar los temas, no el mío propio. Aunque no todos los autores proporcionan justificaciones claras de la forma como producen sus jerarquías, estas se dejan leer en sus textos. Churchill, por ejemplo, menciona explícitamente que examinará en su revisión de la bibliografía «cuatro conjuntos de problemas diferentes: los aspectos filosóficos de la ciencia de Darwin; el desarrollo de las ideas de Darwin; la reacción a las teorías de Darwin y la conformación psicológica de Darwin y su personalidad» (1982, p. 62). Si bien este autor no señala alguno de estos temas como central para el campo, sí desarrolla más el segundo que los demás, y claro, también deja de lado algunos temas que podrían verse como significativos. Señala también que se han hecho mayores avances sobre los dos primeros que sobre los dos segundos. En dos de los tres casos compara favorablemente el tratamiento presente con la forma como en el pasado se habían trabajado esos mismos temas. En esta, como en muchas revisiones, los temas de interés se presentan como un dato constante en vez de verse como contruidos a lo largo del desarrollo mismo de las investigaciones. Churchill llega incluso a referirse a un «salto cualitativo

en nuestra comprensión de Darwin» (1982, p. 63). Las comparaciones sirven para afirmar la mayor jerarquía cognoscitiva del presente y para reafirmar una imagen progresista del conocimiento. El análisis que hace Ghiselin del método de Darwin se compara de manera desfavorable con la obra de dos filósofos de la ciencia (David Hull y Michael Ruse), «más cuidadosos con el contexto histórico» (1982, p. 62) y con el trabajo de un historiador de la ciencia (Martin Rudwick). La descripción de Gavin de Beer del desarrollo científico de Darwin se compara con la «imagen mucho más completa y mucho más interesante de los descubrimientos de Darwin» producida por autores como Kohn y Ospovat, más interesados en comprender los «cambios incrementales» en la visión de Darwin, en cambio de estar «buscando revoluciones científicas», como se hacía durante los años sesenta (1982, p. 65). La muy criticada biografía de Gertrude Himmelfarb se presenta en contraste negativo con la de Howard Gruber, de la que Darwin emerge como «un individuo más complejo y enérgico» (1982, p. 66). Por último, al comparar diversos autores del presente con algunos del pasado, Churchill puede concluir que hay convergencia de ideas y hallazgos que resultan de la cooperación e interacción de una comunidad integrada principalmente por «historiadores de la ciencia formados profesionalmente» (1982, p. 64).

De los cuatro temas abordados, Churchill le da más importancia al de los aspectos filosóficos en la ciencia de Darwin y al del desarrollo de sus ideas. En esta revisión, dedicada principalmente a examinar los aspectos biográficos de Darwin, Churchill también considera que se han hecho avances en la comprensión de la personalidad y en el proceso creativo de Darwin. Sobre el tema de la «recepción de Darwin», Churchill revisa cuatro trabajos, pero no procura extraer conclusión alguna a partir de ellos, ni decir si constituyen una tendencia o adelantan algo importante en relación con este asunto.

La extensa revisión de *La Vergata* está dividida en cuatro secciones: la primera se concentra en las investigaciones sobre Darwin antes de la publicación de los *Notebooks on Transmutation of Species* (1960); la segunda discute los problemas que surgen a partir de la publicación de los *Notebooks*, principalmente, los relacionados con la génesis de la teoría de la selección natural; en la tercera parte, *La Vergata* examina los textos dedicados a estudiar el método de Darwin, su filosofía, su estrategia, su lenguaje y su mentalidad; la última parte se concentra en examinar los trabajos sobre el desarrollo de Darwin después de 1859 y sus relaciones con su contexto profesional, intelectual y social. El objetivo de la revisión de *La Vergata* es concentrarse en el análisis de aquellos escritos

«que nos ayudan a comprender al Darwin histórico en su contexto y en las imágenes de Darwin que emergen de, o están implícitas en, tales trabajos» (1985, p. 902). De la descripción de sus objetivos se entiende que el análisis se centrará en aquellos trabajos que precisamente contribuyen en esta dirección. Vale la pena señalar aquí que esta manera de escribir y describir los criterios que se siguen en la producción del estado del arte contribuye a la producción de la imagen de objetividad de las revisiones. Esto ocurre porque, a pesar de estar completamente basadas en las preferencias personales de su autor(a) —en lo que *se juzga* como contribuciones importantes a un campo o a un problema en el campo—, estas preferencias tienden a objetivarse como la representación de los trabajos y los autores importantes en el campo.

La Vergata dedica la mayor parte de su revisión a examinar los trabajos que se ocupan de comprender la génesis de la teoría de Darwin, en particular, la génesis de *El origen*, y cómo esta obra se ha visto en relación con su «contexto social». La Vergata señala, a propósito del cuarto tema, que todavía hacen falta trabajos sobre cómo se desarrolla la carrera y la obra de Darwin después de 1859 —y sobre su círculo—, sobre la historia natural durante el siglo XIX, sobre algunos contemporáneos de Darwin y sobre la profesionalización del trabajo en biología y la definición de fronteras en las ciencias biológicas. Además, señala que «hace falta» trabajo sobre temas que considera importantes para comprender el lugar de Darwin y su obra, también señala que hay un «exceso» de trabajo en otros aspectos, como veremos un poco más adelante. Esta comparación de ambos juicios —uno que señala la importancia de desarrollar más un tema y otro que advierte que «sobran» trabajos sobre algún otro aspecto— sirve para mostrar cómo los estados del arte también contribuyen a crear jerarquías entre temas y autores y a construir un sentido de centralidad y marginalidad.

Veamos primero la construcción de centralidad, para lo cual podemos volver sobre el tema ya tratado de la industria de Darwin. Ya vimos cómo la característica más común que se le da a este grupo se refiere a su concentración casi exclusiva en el estudio de fuentes manuscritas (principalmente, la producción de los *Notebooks*, las primeras versiones de las principales obras de Darwin —en especial, *El origen*— y sus anotaciones al margen de libros leídos). Pues bien, este énfasis también incluye el reconocimiento del interés por ciertos *temas*, sobre los que se puede pensar que podrían «resolverse» por medio del estudio de estas fuentes. Después de todo, por esta vía podríamos encontrar que la industria de Darwin tiene una definición común de los problemas que son interesantes, aunque

no tenga necesariamente una perspectiva común sobre ellos. El grupo de investigadores que Thomas Glick llama «darwinólogos» ha sido identificado «correctamente» (de acuerdo con Glick) por Carlos Castrodeza, como uno dedicado a explicar el origen del *El origen* «con base en los *Notebooks* de Darwin»¹⁵ (Glick, 1992). Otro crítico de la industria de Darwin, John Farley, llega al punto de señalar que el *Journal of the History of Biology* «a partir de su primer volumen doble de 1968, y con su crecimiento a tres números por año en 1982, hasta hoy, [...] ha proporcionado el espacio para una oligarquía autoperpetuada de investigadores sobre Darwin». De acuerdo con Farley, «durante los últimos diez años aproximadamente, un tercio de los artículos se ha concentrado en temas que se refieren al desarrollo de las visiones de Darwin en relación con la evolución»¹⁶. Y al llamar la atención en cuanto a la sobreespecialización de este grupo, señala: «Cada vez más y más estos artículos parecen destinados solo para los ojos de los colegas investigadores sobre Darwin. ¿Es esto sano, me pregunto? ¿Ha alcanzado la profesión tal tamaño que sus miembros pueden darse el lujo de hablar solo entre sí?» (Farley, 1990).

Ahora podemos ver cómo a través de las revisiones (críticas o no) es posible identificar los temas que se van posicionando (en gran parte, aunque no de manera exclusiva, gracias a la contribución de los autores de las revisiones) como centrales, al tiempo que otros, generalmente de manera menos explícita, se ven como marginales. La industria de Darwin, después de todo, parece identificar al grupo de «darwinólogos», para usar la expresión de Glick, cuyos intereses se sitúan en el corazón de los estudios darwinistas.

Ahora podemos regresar a La Vergata y a la forma en que, en su revisión, contribuye a construir ese sentido de centralidad y de marginalidad, al señalar que se requiere más desarrollo investigativo en algunos temas, mientras que «sobra» o hay un «exceso» de trabajo en otros:

Esta consideración [que las controversias postdarwinistas deberían conectarse con controversias predarwinistas] también se sostiene para la

15 Glick añade que el grupo central identificado por Castrodeza está integrado por M. Jonathan S. Hodge, Dov Ospovat, David Kohn y Sandra Herbert.

16 Por supuesto, el conteo de Farley se refiere a artículos publicados en esta revista, y no necesariamente implica que sobre este tema se publique en general más que sobre cualquiera otro. Como ocurre frecuentemente en la producción de los campos mismos, algunas revistas se convierten en el centro visible de lo que existe en el campo, lo cual las hace simbólicamente más relevantes. La producción que existe afuera en realidad no existe para el campo.

mayoría de los estudios que existen sobre la recepción del darwinismo, que parecen de algún modo prematuros y unilaterales (la gran excepción es el trabajo monumental de Conry, 1974). Porque hay una limitación intrínseca en estudiar la reacción a algo que no se conoce bien en su condición antes de la reacción [se citan 96 trabajos en la nota]. Más aún, la mayoría de estos estudios se ocupan exclusivamente de la recepción de *El origen* o de *El origen del hombre*, y descuidan las demás obras. (1985, p. 947)

Si Churchill dedica dos párrafos al tema de la recepción del darwinismo, la anterior cita de La Vergata constituye el único comentario que este autor dedica a este tema. Y resulta interesante ver qué efecto produce La Vergata con su comentario. Primero, llama la atención que se citen 96 trabajos en una nota y al mismo tiempo se señale que estos son «prematuros». ¿Prematuros en relación con qué? Segundo, la manera crítica en que se cita estos trabajos (con una sola excepción claramente formulada). Tercero, la forma en que se refiere a lo que no se conoce sobre Darwin y sobre las controversias darwinianas, lo que implica que sobre estos temas se debiera saber e investigar más. Cuarto, la crítica en cuanto a que los estudios de recepción se han centrado solo sobre dos obras de Darwin y han descuidado otras parece injusta, sobre todo, cuando se toma en cuenta que la industria de Darwin se ha centrado casi de manera exclusiva sobre la producción de *El origen*, sin que esto le valga una crítica.

Por momentos, parece que La Vergata dijera que hasta tanto no se comprenda en su integridad el origen de *El origen* (suponiendo que tal cosa pueda ocurrir) es «prematuro» procurar comprender de qué modo las ideas de Darwin (o las que eran percibidas o negociadas como tales por diferentes autores) fueron traducidas en contextos diferentes y por autores diferentes. La crítica de La Vergata a los estudios de «recepción» implica que estos deberían «esperar» por una definición consensuada en el presente de lo que se debería llamar darwinismo, y él no es el único en expresar esta opinión. Lo mismo había señalado Greene, quien en su revisión criticaba el libro reciente de Thomas Glick, *The Comparative Reception of Darwinism* (1974), por fallar en «distinguir los diferentes sentidos y usos del término “darwinismo” y “darwinismo social”» (1975: 249). Greene aquí anticipaba la crítica más común que después se le haría al libro de Glick¹⁷. Otro autor,

17 Una presentación más detallada de los diversos comentarios que se hicieron de la obra de Glick y de lo que ello ha representado para los llamados «estudios de recepción», así como una visión crítica en relación con esta manera de examinar los problemas de traducción y asimilación de perspectivas científicas, se puede encontrar en Restrepo Forero (2002).

por ejemplo, señalaría que una «falla mayor» en el libro consistía en que «no hay una descripción satisfactoria de cuáles eran en realidad los presupuestos y las teorías de Darwin» (Cannon, 1976).

Para concluir esta sección quiero regresar al tema propuesto de la forma en que las revisiones, al ordenar los temas de los que se ocupa un campo, producen jerarquías entre ellos y, al presentar unos temas como centrales, contribuyen igualmente a situar a otros como secundarios, marginales, «prematuros» o enteramente innecesarios. Concretamente, en el campo de estudios darwinistas, las revisiones han construido las siguientes jerarquías de los temas más importantes: en primer lugar, están los estudios que procuran desentrañar el origen de *El origen*, después, vendrían los que se ocupan de establecer qué significó esta transformación conceptual en el contexto histórico central (con Gran Bretaña y Estados Unidos a la cabeza). En último lugar, estaría la posibilidad de establecer qué ocurrió, de manera comparativa, en otros lugares, quizás usando (¿normativamente?) el modelo previamente establecido para el contexto histórico central. Así, los historiadores formados profesionalmente reclaman para sí centralidad en el campo de estudios darwinistas, al definir las prioridades de investigación del campo y situar sus intereses investigativos por encima de otros. Al igual que habían hecho antes los científicos-historiadores, al reclamarle a los historiadores de las ideas que cuidaran los aspectos científicos y corrigieran sus conocimientos biológicos antes de tratar de estudiar los problemas en la historia de la biología, los historiadores profesionales demandan que quienes se quieran ocupar de ciertos temas «en los márgenes», como el de la recepción o difusión del darwinismo, esperen a que los problemas en el centro se clarifiquen antes de poder intervenir con propiedad en el campo.

❖ Sin estados del arte no hay campos ❖

Para concluir, conviene presentar unas consideraciones finales. Sin importar cuánto debate genere el nombre, todos los autores aquí considerados se citan entre sí, citan las diferentes revisiones o estados del arte como revisiones que describen un mismo campo. En la narrativa general, el campo (llámese *estudios darwinistas* o *la industria de Darwin*) se convierte en el centro de la atención. Como tal aparece al comienzo y al final de las revisiones, lugares en que se describe el origen, el desarrollo y el futuro deseable del campo. En la parte central de las revisiones se presentan los actores, las perspectivas, las escuelas y las polémicas, todo

lo cual se desarrolla en secuencias narrativas que van formando hilos conductores que atraviesan el desarrollo continuo de un campo, cuya secuencia, presentada por el autor se despliega ante los ojos de sus lectores.

Uno de los desarrollos más interesantes de los estados del arte o revisiones generales de la literatura es que, al igual que la bibliografía «seleccionada», estos también pueden hacerse pasar por el campo en su totalidad. La presentación ordenada de un conjunto de trabajos como ejemplo de una secuencia continua de desarrollo puede contribuir en la consolidación de un campo con una historia y un futuro, así sus practicantes no sostengan muchas relaciones o tengan acuerdos previos sobre el nombre del campo o sobre sus límites. Es a través de las revisiones del campo que este se naturaliza, con sus contornos y sus grupos, con sus polémicas y sus consensos, en torno a un objeto común de investigación. En el caso de los estudios darwinistas, como vimos aquí, si se examinan con cuidado las revisiones, se puede encontrar una cantidad enorme de variaciones y diferencias en torno a los enfoques y los puntos de vista desde los que se define el objeto común de interés, que al fin y al cabo es fácilmente discernible, ya que se trata de Darwin y su obra. Pero, ¿se trata del Darwin del pasado o del Darwin del presente? ¿Se trata del Darwin de los historiadores de las ideas, de los científicos, de los historiadores o del Darwin de los filósofos? Como hemos visto, los estados del arte, al responder estas preguntas discretamente, van adjudicando fronteras, van produciendo y negociando las jerarquías que caracterizan el campo. En relación con la historia del campo, los autores difieren en su descripción de eventos, actores y aun en cómo nombrar un campo cuyo origen también puede ser polémico. Pero las revisiones resultan más efectivas, precisamente, cuando a pesar de las polémicas en torno a los pormenores, nadie discute ya la existencia de una entidad, el campo, sobre el cual se podrá debatir y también llegar a acuerdos.

El modesto género de los estados del arte, o los artículos de revisión, con su engañosa objetividad y estilo expositivo —que aparentemente solo reproduce las relaciones que se dan entre un conjunto de autores, que apenas describe los temas que son interesantes y vale la pena estudiar y que cita las obras que han contribuido más a nuestra comprensión de un determinado fenómeno—, produce un efecto nada modesto: constituye también los objetos que en apariencia solo describe. Por fuera de estas formas particulares de ordenar el mundo de la producción escrita, no hay campos estructurados, solo hay textos y autores, tal y como se encuentran (o no) en los estantes ordenados de las bibliotecas, en los listados de los servicios de indexación o en los congresos en los que se

reúnen autores con intereses comunes. Pero es en los estados del arte, o en las revisiones, en donde se reúne lo disperso y se conforma lo informe para darle bordes y fronteras, prioridades y jerarquías. Allí es donde se nombra o se silencia, donde se hace visible o se invisibiliza, donde se otorgan o se niegan reconocimiento y credibilidad.

❖ Referencias

- Ashmore, M., Myers, G., & Potter, J. (1995). Discourse, rhetoric, reflexivity: seven days in the library. En S. Jasanoff, G. Markle, T. Pinch & J. Petersen (Eds.). *Handbook of science, technology and society* (pp. 321-342). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Bazerman, C. (1988). *Shaping written knowledge: the genre and activity of the experimental article in science*. Madison, WI: The University of Wisconsin Press.
- Bohlin, I. (1991). Robert M. Young and Darwin historiography. *Social Studies of Science*, 21, 597-668.
- Browne, J. (1982). Essay review: new developments in Darwin studies? *Journal of the History of Biology*, 15, 275-280.
- Browne, J. (1985). Darwin and the expression of the emotions. En D. Kohn (Ed.). *The Darwinian heritage* (pp. 307-326). Princeton, N.J.: Princeton University Press, in association with Nova Pacifica.
- Browne, J. (2003). *Charles Darwin; the power of place*. London: Pimlico.
- Browne, J. (2006). *Darwin's origin of species; a biography*. London: Atlantic.
- Cannon, W. F. (1976). Review. *American Historical Review*, 81, 559-561.
- Churchill, F. B. (1982). Darwin and the historian. *Biological Journal of the Linnean Society*, 17, 45-68.
- Colp, R. Jr. (1989). Charles Darwin's past and future biographies. *History of Science*, 27, 167-197.
- Desmond, A. J. & Moore, J. R. (1991). *Darwin*. New York: Warner Books.
- Ellegård, A. (1960). The Darwinian revolution: a review article. *Lychnos*, 55-85.
- Farley, J. (1990). Book review. *Isis*, 81, 303-304.
- Fleck, L. (1986). *La génesis y el desarrollo de un hecho científico*. Madrid: Alianza Editorial.
- Fleming, D. (1959). The centenary of the Origin of Species. *Journal of the History of Ideas*, 20, 437-446.
- Ghiselin, M. T. (1973). Essay review: Mr. Darwin's critics, old and new. *Journal of the History of Biology*, 6, 155-165.

- Ghiselin, M. T. (1976). Two Darwins: history versus criticism. *Journal of the History of Biology*, 9, 121-132.
- Glick, T. F. (1974). *The comparative reception of Darwinism*. Austin: University of Texas Press.
- Glick, T. F. (1992). The Darwinologists. *Biology & Philosophy*, 7, 507-510.
- Greene, J. C. (1975). Reflections on the progress of Darwin studies. *Journal of the History of Biology*, 8, 243-273.
- Hodge, M. J. S. & Radick, G. (2009). *The Cambridge companion to Darwin* (2nd ed.). Cambridge: Cambridge University Press.
- Kohn, D. (1985). Introduction: a high regard for Darwin. En D. Kohn (Ed.). *The Darwinian heritage* (pp. 1-5). Princeton, N.J.: Princeton University Press, in association with Nova Pacifica.
- Kuhn, T. S. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- La Vergata, A. (1985). Images of Darwin: a historiographic overview. En D. Kohn (Ed.). *The Darwinian heritage* (pp. 901-972). Princeton, N.J.: Princeton University Press, in association with Nova Pacifica.
- Latour, B. & Fabbri, P. (1977). Pouvoir et devoir dans un article de science exacte. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 13, 81-95.
- Latour, B. & Woolgar, S. (1995). *La vida en el laboratorio; la construcción de los hechos científicos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Lenoir, T. (1987). Essay review: the Darwin industry. *Journal of the History of Biology*, 20, 115-130.
- Loewenberg, B. J. (1959). Darwin scholarship of the Darwin year. *American Quarterly*, 11, 526-533.
- Loewenberg, B. J. (1965). Darwin and Darwin studies. *History of Science*, 4, 15-24.
- Medawar, P. (1963). Is the scientific paper a fraud? *The Listener*, 377-378.
- Moore, J. (1984). On revolutionizing the Darwin industry: a centennial retrospect. *Radical Philosophy*, 37, 13-22.
- Myers, G. (1991). Stories and styles in two molecular biology review articles. En C. Bazerman & J. Paradis (Eds.). *Textual dynamics of the professions: historical and contemporary studies of writing in professional communities* (pp. 45-75), Madison, WI: University of Wisconsin Press.
- Oldroyd, D. R. (1984). How did Darwin arrive at his theory? The secondary literature to 1982. *History of Science*, 22, 325-374.
- Oldroyd, D. (2007). Darwin's geology: the end of the Darwin industry? *Metascience*, 16, 25-50.

- Rachootin, S. P. (1985). Owen and Darwin Reading a Fossil: *Macrauchenia* in a Boney Light. En D. Kohn (Ed.), *The Darwinian heritage* (pp. 155-184). Princeton, N. J.: Princeton University Press, in association with Nova Pacifica.
- Restrepo Forero, O. (2002). Leyendo historias sobre el darwinismo. En M. Á. Puig-Samper, R. Ruíz & A. Galera (Eds.). *Evolucionismo y Cultura. Darwinismo en Europa e Iberoamérica* (pp. 21-45). [Madrid] [Extremadura] [México], Doce Calles: Editora Regional de Extremadura; Universidad Nacional Autónoma de México.
- Restrepo Forero, O. (2003). *On writing review articles and constructing fields of study*. Ph. D. Sociology, University of York, UK.
- Restrepo Forero, O. (2004). Retórica de la ciencia sin «retórica». Sobre autores, comunidades y contextos. *Revista Colombiana de Sociología*, 251-268.
- Ruse, M. (1974). The Darwin industry - a critical evaluation. *History of Science*, 12, 43-58.
- Ruse, M. (1996). The Darwin industry: a guide. *Victorian Studies*, 39, 217-235.
- Ruse, M. (1997). Darwinism fleurit! *Isis*, 88, 111-117.
- Secord, J. A. (1985). Darwin and the breeders: a social history. En D. Kohn (Ed.). *The Darwinian heritage* (pp. 519-542). Princeton, N. J.: Princeton University Press, in association with Nova Pacifica.
- Shortland, M. (1987). Darwinian structures. *History of Science*, 15, 195-213.
- Smocovitis, V. B. (1999). The 1959 centennial celebration in America. *Osiris*, 14, 274-323.
- Sulloway, F. J. (1985). Darwin's early intellectual Development: An overview of the Beagle voyage (1831-1836). En D. Kohn (Ed.). *The Darwinian heritage* (pp. 121-154). Princeton, N.J.: Princeton University Press, in association with Nova Pacifica.
- Wassersug, R. J. & Rose, M. R. (1984). A reader's guide and retrospective to the 1982 Darwin centennial. *The Quarterly Review of Biology*, 59, 417-437.
- Young, R. M. (1987). Darwin and the genre of biography. En G. Levine (Ed.). *One culture: Essays on science and literature* (pp. 203-224). Madison, WI: The University of Wisconsin Press.

CHARLES DARWIN ES CONSIDERADO uno de los científicos más importantes de la historia de la humanidad. Con la publicación de *El origen de las especies* (1859), la forma en que entendemos nuestro lugar en el mundo ha pasado de la visión en la que nuestro destino era controlar la naturaleza a una visión integrada en la que el ser humano se ve a sí mismo como parte de una historia que no tiene un destino final y divino, sino causas explicables en forma natural. Las ciencias del comportamiento han incorporado las implicaciones del pensamiento evolutivo de forma creciente en el planteamiento de sus problemas y en el conjunto de explicaciones de los fenómenos que estudian.

En este libro —editado por Germán Gutiérrez y Mauricio Papini—, autores de múltiples nacionalidades y diversas disciplinas abordan las implicaciones del trabajo de Darwin para la comprensión del comportamiento animal y humano.

Este libro se compone de cuatro partes. La primera, «Contexto biográfico», presenta las circunstancias que dieron origen al desarrollo de las ideas evolutivas de Darwin. En la segunda parte, «Legado teórico y áreas de influencia», autores de disciplinas como la psicología, la etología, la sociología, la economía y la pedagogía muestran las diversas formas en que estas disciplinas han sido impactadas por el pensamiento evolutivo. En la tercera parte, «Conducta, desarrollo y sistema nervioso», se analizan desarrollos clásicos y recientes de procesos psicológicos como el aprendizaje y el condicionamiento, el desarrollo y el funcionamiento del sistema nervioso, entre otros, derivados de la evolución de las especies. La cuarta parte, «Cognición, lenguaje y cultura», presenta las claves para comprender la conducta social en humanos y otras especies animales.

- CONTEXTO BIOGRÁFICO
- LEGADO TEÓRICO Y ÁREAS DE INFLUENCIA
- CONDUCTA, DESARROLLO Y SISTEMA NERVIOSO
- COGNICIÓN, LENGUAJE Y CULTURA



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA
SEDE BOGOTÁ
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

